

La hija de los inmigrantes

Erika P. Roostna

Image not found.

Capítulo 1

Dejando el pelero

"Las historias deben ser contadas o perecen, y cuando mueren ya no podemos recordar quiénes somos ni por qué estamos aquí".

Sue Monk Kidd, escritora estadounidense

Veintiocho de febrero del dos mil cuatro. Esa mañana, clara y soleada, me ha quedado marcada en la mente y el corazón como un tatuaje a fuego. Cerramos nuestra casa en Guataparó, ya casi vacía y mi esposo Noel, mis dos hijos Sabine y Noel Arne, y yo dejamos el pelero, rumbo a Canadá. Nueve maletas y dos baúles. Memorias, anhelos. Y mucho miedo. Nunca pensé que casi veinte años de mi vida pudieran caber en esas maletas. ¡Cómo se comprimen los chécheres y las memorias!

Por algo existe el dicho popular "dejar el pelero", que en venezolano puro y simple, parece haber surgido de los indígenas que, al seguir el rastro de una presa decían que la misma había huido súbitamente, dejando regados rastros de pelo. En cierta forma, al emigrar éramos lo más cercano a un rebaño de gente en desbandada. Huíamos de un escenario incierto, que solo sabíamos se volvería más incierto e intenso con el tiempo. Íbamos rumbo a otro impreciso, pero con la esperanza que habíamos perdido en el intento de quedarnos y la certeza de que al cumplir ciertas normas, todo era un poco más predecible. Era una cuestión de relatividad. Sabíamos que Canadá era un país estable aunque desconocido, pero en comparación con el caos que se nos avecinaba en Venezuela, no había proporción comprensible.

La vida y sus cotidianidades se me ha movido rápido, a veces con una velocidad temeraria; los días se me convirtieron en semanas que se convirtieron en meses que se convirtieron en años. Pero el guayabo nunca mermó. Dicen que emigrar de Venezuela es como divorciarse estando enamorados. No sé quién es el autor de tanta verdad. Es el dolor de vivir lejos de quien se ama, pero a veces lo mejor es alejarse. Hice lo que pude con la información y los recursos que tenía a la mano, lo que el momento en que vivía me clamaba. Desde aquel entonces y durante casi trece años, ya en Canadá, me mantuve en un foco tenaz de reconstruir mi hogar; comenzar en ese punto de partida cuando no éramos sino unos desplazados y tratábamos de ya no serlo.

En medio de descubrir cómo adaptarnos a una cultura desconocida, no tuve el lujo del tiempo para la reflexión de mis acciones, tal vez como una

forma de reducir la nostalgia. Era la época de volver a pisar fuerte cuando ya no se tiene piso y había que buscar la forma de sustentarlo. Con algo. Era tratar de vivir el "borrón y cuenta nueva", lo que me obligaba a ver todo con ojos de principiante, reaprender lo que es la humildad y tesón, dejando atrás la soberbia y cortoplacismo, demostrar que podía desechar esa parte sombría de los venezolanos.

Pero siempre había memorias insistentes, esas que se asoman en la duermevela, liviana y esquiva, de las noches de invierno y que me tentaban con los reflejos de sus juegos mentales. Me obligaban a retomar el camino de la remembranza que había dejado de andar. En la oscuridad de las mañanas frías, me hacían abrir los ojos, buscando más adentro, en los pliegues de mi mente y de mi alma, pues algunas cosas se olvidan con el tiempo, se guardan en algún cajón del olvido, pero asaltan sin aviso alguno. Mis memorias inacabadas se han decantado, pero si las dejo así les crecerá el moho del olvido. Necesito airearlas a través de la patina del tiempo que se les ha acumulado. Al rebobinar mis crónicas de inmigrante en esas cavilaciones, me di cuenta que las historias no comienzan en un punto específico, sino años o décadas atrás. La mía pudo bien haber comenzado con la llegada de mis abuelos y mis padres a ese paraíso llamado Venezuela. Se bajaron del barco en Puerto Cabello, un primero de abril de mil novecientos cincuenta, con el equivalente de cuatro dólares en el bolsillo, sin saber ni papa de español, pero con la certeza de haber burlado a la muerte segura y de olvidar los horrores de la guerra y del comunismo que se comió a sus países.

Ellos fueron inmigrantes para que yo no lo fuera, pero mi historia y sus tramas se han enredado, confundido por momentos, y aun en diferentes tiempos y circunstancias, tienen muchas similitudes, como si de alguna manera se repitieran, marcaran de nuevo el camino. Desde niña, escuchaba los acontecimientos que les sucedieron durante la guerra, en los campos de refugiados y la travesía hacía Venezuela. Mis abuelos solían sentarse en la sobremesa de las tardes de té o en Navidad. Recordaban. Una y otra vez. Hasta que, un día esas mismas historias me explotaron en la cara como un déjà vú. Ellos huyeron de una guerra patente y palpable; su decisión era simple: huir o morir. La nuestra fue más solapada, escapar con un plan de una guerra no declarada, de una caricatura de revolución, de un arroz con mango de doctrinas que se asomaban peligrosas por caóticas y dictatoriales. De una cosa estoy segura, nadie emigra si no siente la necesidad de hacerlo. Nadie en su sano juicio se levanta un día y ve su hogar fundado, su democracia y su libertad en pleno, la tierra bendita donde nació y donde están sus raíces, su trabajo enriquecedor y se dice a sí mismo: Me voy pa'l coño. Y debo confesar que en algún momento llegué a pensar que nadie en su sano juicio tampoco se queda en un lugar que signifique el terror para su vida y la de los suyos. Lo único que paraliza es el miedo, ese que se le tiene a la incertidumbre allá afuera

en el mundo y que es más grande que el miedo a quedarse.

Desmadejando mis recuerdos, descubrí que las crónicas personales se vuelven universales; que hay muchos como yo. Que hay un hilo de escenas, acciones y recuerdos ancestrales como pactos sellados, que puede abarcar una o más vidas; pueden flotar en un día cualquiera o reventar por un evento catastrófico, dependiendo de lo que nos toque vivir, lo que nos caiga. Ese veintiocho de febrero nos convertimos en una estadística más, junto a los miles de compatriotas que salieron de Venezuela, como el último acto de libertad que tuvimos antes de que nos la arrebataran; fue un salto de fe además de una prueba de soberanía que iba más allá de un pedazo de tierra; fue el dominio absoluto sobre nuestras mentes y conciencias; ahí mismito donde llevamos el verdadero gentilicio, –y a veces el rancho–. Fue un reflejo de preservación, no solo de nuestro ente físico y emocional, sino también de salvaguarda de nuestras costumbres. Quienes emigramos tenemos dos vidas, tal como quienes sufrieron una guerra: la primera, la de la placidez del pasado, y la otra, al encontrar de nuevo la paz. Y en el medio, solo una trinchera de miedo, un instinto aturdido, un hueco de nostalgias.

Muchos venezolanos y yo, hemos demostrado que podemos prosperar en diferentes latitudes de la Tierra, en Europa, Norte o Centro América, inclusive algunos en Australia o Asia. Pero al llevar el nombre de Venezuela en alto, nos convertimos en pequeñas almas en pena, vagando por la eternidad del mundo en busca de los vestigios de un país que ya no existe. Compartimos un punto común: somos los eternos enguayabados, –esa inmensa tristeza y melancolía por nuestro terruño—. Sé que como yo, hay cientos de miles de venezolanos, parte de una nueva especie –la diáspora–, pensando, sintiendo y haciéndose las mismas preguntas que yo me hago todos los días. ¿Cómo llegamos a este punto, lejos de nuestra Venezuela amada? ¿Cómo nos dejamos, como parte de un bravo pueblo, que nos arrebataran la libertad y la paz?

Estas memorias no se tratan del momento en que llegamos al Canadá para quedarnos; ni de cuando pisé mi nueva tierra y me arrodillé a besarla, aquella gélida noche de invierno, ni de los flechas que tiramos como recién llegados al primer mundo. La verdadera razón es tocar los sucesos que nos llevaron a emigrar y darle sentido al misterio de cómo el ancestral colectivo de mi familia y el espeluznante cotidiano de mi país, determinaron nuestro futuro. ¿Cuáles fueron nuestras culpas por omisión?

Así que, aquí les dejo lo que he podido recordar...

Capítulo 2

Índice

INDICE

Prólogo: Dejando el pelero

Parte 1: DONDE COMIENZA EL PASADO

1. La puerta se cerró detrás de mí
2. Invocando quimeras
3. Eramos ricos y no lo sabíamos
4. Amaneció de golpe y otros demonios
5. Tormentas y las epifanías.
6. Chávez
7. Con mis hijos no te metas!
8. La fiebre de huir
9. Al borde del fin del mundo

Parte 2: Y MIENTRAS TANTO, LA VIDA

10. Cuando el destino nos alcanza
11. La intermitencia de la escasez
12. Extraños con el mismo sueño
13. De las señales
14. Como Minotauro en el laberinto de papeles
15. Perdidos en Abril y en Septiembre

Parte 3: PRINCIPIOS Y FINALES

16. De los nuevos rumbos
17. El sello sagrado de la visa estampada
18. Lo que dejamos atrás, lo que nos llevamos
19. Ni aquí, ni allá.
20. La hija de los inmigrantes

Epílogo